

vivo fulgor que la del emperador. Esa paz firmada sobre la cuna de un niño será el más feliz presagio. Si el emperador y la emperatriz se dignan aceptarlas, os ruego que les comunicuéis las respetuosas felicitaciones del ejército y las mías.»

Rusos y franceses se habían hecho grandes amigos, verdaderos hermanos de armas. Habríase podido creer que durante la guerra habían combatido juntos y no unos contra otros. El 13 de abril el general Luders, general en jefe de las tropas rusas, fué á reunirse con los de las aliadas en el puente de Traktir, y los condujo á una altura desde la que presenciaron una revista de diez mil hombres pasada en la meseta de Makenzie. Después de la revista les ofreció un gran banquete.

Para corresponder á este acto de cortesía, el mariscal Pelissier y el general Codrington, nuevo general en jefe del ejército inglés, invitaron á su vez al general Luders á una brillante revista, que se efectuó el 17 de abril de 1856 con un tiempo magnífico. El ejército francés, teniendo á su derecha el reducto del collado de Balaclava, su centro á la altura del monasterio de San Jorge y su izquierda hacia Karatch, presentaba una línea de batalla de más de doce mil metros de desarrollo. Había allí cien batallones de infantería por batallones en masa, treinta escuadrones de caballería y ciento noventa y ocho bocas de fuego, en total cincuenta y cinco mil soldados franceses. «El emperador, escribió el general Pelissier, se hubiera dado por muy satisfecho, como yo lo he estado, al contemplar la apostura y el aire marcial de nuestros soldados, á los cuales he noticiado aquel mismo día las recompensas que S. M. se ha dignado autorizarme para concederles en su nombre.»

Oigamos á un testigo ocular, el general Fay: «El mariscal Pelissier, dice en su notable é interesante obra *Recuerdos de la guerra de Crimea*, hizo al general Luders los honores de estas magníficas tropas que tan valientemente habían combatido y que con sus uniformes raídos y remendados se presentaban tan airosamente como en un día de parada estando de guarnición. Detrás de los generales en jefe galopaba un considerable grupo de oficiales de todos los ejércitos, que ofrecían el espectáculo más pintoresco. Las banderas francesas, ennegrecidas por la pólvora, desgarradas por los proyectiles rusos, se inclinaban sucesivamente ante el general, poco ha nuestro enemigo y al que hoy saludaban con respeto, y aplaudían á las que habían sacado del combate el asta y algunos jirones solamente. Después del desfile, el ejército inglés, fuerte de treinta mil hombres, fué presentado á su vez por el general Codrington al general en jefe del ejército ruso.»

## LV

## LAS INUNDACIONES

Como para hacer sombra al luminoso cuadro de la primavera de 1856, el 31 de mayo se recibieron en París siniestras noticias. «Las aguas del Ródano, saliendo de su cauce, cubrían en Lyon, por una parte los barrios que le separan del Saona, y por el otro los Brotteaux, la Guillotière y todos los campos inmediatos. Al día siguiente se supo que algunos barrios de la ciudad estaban amenazados de una ruina completa; que más allá de Crenoble, el valle del Grésivaudan desaparecía bajo las aguas; que la llanura de Vaucluse estaba sumergida en parte, y que en Aix las ondas del Ródano llegaban á batir el arrabal de Trinquetaille, mientras que más allá de la Camarga se veía como un inmenso lago. Al recibir esta noticia, el emperador partió inmediatamente de Saint-Cloud, á fin de atender personalmente á los auxilios que debía llevarse á las víctimas de las inundaciones. Iba acompañado de su ayudante de campo el general Niel; del general Fleury, su caballero mayor; de M. Rouher, ministro de Obras públicas; de M. Franqueville, director de Puentes y Calzadas; del capitán Puységur oficial de órdenes, y de cuatro individuos del escuadrón de los cien guardias.

1.º de junio. — Napoleón sale de Saint-Cloud y pernocta en Dijón.

2.º de junio. — A las diez y media de la mañana llega á Lyon, de uniforme, con su séquito, y le reciben en la estación el mariscal de Castellane y el senador Vaisse, encargados de la administración del departamento. Se apea en el hotel de Europa, donde almuerza, y á las once y media monta á caballo: dos gendarmes y ocho dragones á las órdenes de un sargento, y á su cabeza un ayudante de campo del mariscal de Castellane, preceden al soberano, que atraviesa la calle Imperial, el puente Morand, las Charpennes, los Brotteaux y la Guillotière. En medio de sesenta mil obreros, de sus mujeres y de sus hijos, todas víctimas de la terrible inundación, el emperador, muy pálido, saca dinero sin contar de dos sacos llenos de oro, sujetos en el arzón de su silla, y distribuye los auxilios con una bondad que conmueve á todos, prodigando palabras de consuelo. Después visita los dos diques del Ródano, para ver las brechas que se han abierto, y vadea varios puntos de las calzadas cubiertas por las aguas. Se le prodigan *bravos* y aplausos, y por doquiera resuenan á su paso los gritos de «¡Viva el emperador! ¡Viva la emperatriz! ¡Viva el príncipe imperial! ¡Viva el padre del pueblo!» Al decir del mariscal de Castellane, jamás se vió semejante ovación.

A las tres y media Napoleón III marcha al campamento de Sathonay, del cual se muestra satisfecho; come en el hotel de Europa, y antes de sentarse á la mesa, cada vez que se asoma á la ventana resuena una salva de aplausos.

3 de junio. — El emperador sale de Lyon para dirigirse á Valence y Avignón, deteniéndose en el camino en las ciudades que más han sufrido. Valence está inundada, y un mozo de cordel lleva al soberano á costas hasta la alcaldía. Como la línea férrea está cortada por las aguas entre Orange y Avignón, se sirve de una mala embarcación, medio desvencijada, y recorre así un verdadero lago, que se extiende por la llanura hasta perderse de vista. A la altura de los tejados pasa sobre las granjas diseminadas en el contorno, y algunas veces los remos de la barca chocan con las copas de los árboles frutales que el agua cubre, ocultándolos á la vista. A eso de las tres le recibe en las puertas de Avignón la flotilla de las autoridades que han salido á su encuentro, y entra en la ciudad en una embarcación tan pequeña, que solamente el alcalde y el remero pueden colocarse junto á él.

Dejemos la palabra á un testigo ocular, el general Fleury: «El espectáculo, penoso ya, dice, que presenciamos en nuestro camino, se hizo más angustioso aún cuando vimos en Avignón barrios sepultados bajo el agua hasta los primeros pisos, y en otros una infinidad de casas de las cuales no se divisaban más que los tejados. Las mujeres, con sus hijos en brazos, lloraban; los hombres, inmóviles é impotentes para combatir la ruina y la inundación, parecían estatuas del dolor. Napoleón III, enternecido, permanecía de pie en su barca, prodigando auxilios y apretones de mano á los infelices inundados, los cuales bendecían al príncipe, que con peligro de su existencia iba á participar de sus peligros y de su aflicción.»

A las seis de la tarde el emperador, después de haber visitado Tarascón, marcha á Arles por el ferrocarril, y llegado á esta ciudad dirígese á la torre de Arènes, á fin de abarcar de una mirada la inmensa extensión de terrenos inundados entre la ciudad y el mar. Pasa la noche en Arles.

4 de junio. — El soberano sale de este último punto para volver á Lyon por Avignón, Mortemart y Valence. En todas partes se conmueve al ver ciudades, pueblos y campiñas en aquel triste estado; cosechas perdidas, casas agrietadas, sepultadas bajo el agua y hundidas. Por doquiera prodiga profusamente sus donativos, y con su ejemplo estimula el celo de los funcionarios, el valor de los soldados, la energía y abnegación de todos los habitantes. Llegado á Lyon al declinar el día, pasa revista á las tropas reunidas á las órdenes del mariscal de Castellane, que le acogen con entusiasmo, del cual participa la población entera, gritando: «¡Viva el amigo y el bienhechor del pueblo!» A las ocho de la noche sale de Lyon para volver á París.

5 de junio. — Llegado á la capital á las siete de la mañana, se dirige al punto á Saint-Cloud, donde le espera un mensaje de la ciudad de Lyon, concebido en estos términos: «Señor: En vuestro corazón habéis hallado la feliz inspiración de

venir á ver nuestros sufrimientos. En otro tiempo decíais á los lioneses que os amasen; hoy habéis venido para obligarles á ello, conquistando los corazones más fríos. No se puede dar un paso en nuestras calles sin que se oiga bendecir vuestro nombre, sin que conmuevan las tiernas y expresivas frases hijas del agradecimiento de los desgraciados y de nuestra admiración. Estas bendiciones serán oídas. Señor: el cielo seguirá inspirándoos grandes y generosos pensamientos, y os recompensará el hijo imperial que ha dado á Francia.»

El mismo día, al entrar en Saint-Cloud, el emperador recibe noticia de que la inundación que acaba de poner á prueba tan cruelmente á los ribereños del Ródano acosa también á los del Loira; que en Orleans y en Amboise el río se ha desbordado, y que en Tours los desastres son inmensos á causa de una avenida simultánea del Loira y del Cher. El emperador no vacila un solo instante, y partirá de nuevo al día siguiente para hacer en aquellas regiones lo mismo que en las del Mediodía.

6 de junio. — El emperador sale de Saint-Cloud para ir á prodigar consuelos y auxilios á los inundados del Loira. Acompañado de M. Rouher y de los generales Niel y Fleury, visita Orleans, Blois y Tours. Las calles de esta última ciudad, llenas de agua, se parecen á las lagunas de Venecia; la presencia del soberano produce una impresión profunda, y en todas las ciudades su llegada imprevista inspira tanto agradecimiento como sorpresa.

Evocando el recuerdo de las excursiones en que tuvo el honor de acompañar á su soberano, el general Fleury habla en sus Memorias de la abnegación que Napoleón III manifestaba para llevar auxilios á sus súbditos. «Siempre poseído de emoción, dice el general, me acuerdo de las peripecias, de los actos atrevidos y generosos que el emperador sabía poner tan bien por obra cuando se trataba de arriesgar su persona y prodigar beneficios. No era el deseo de una vana popularidad lo que le guiaba, pues ¿qué príncipe era más popular en aquella época? No: era el amor al bien, era el impulso del corazón á lo que obedecía.»

7 de junio. — Napoleón III, de vuelta de su expedición, hallábase en Saint-Cloud por la noche y abrazó á su hijo, que debía ser bautizado en Nuestra Señora siete días después.

## EL BAUTIZO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL

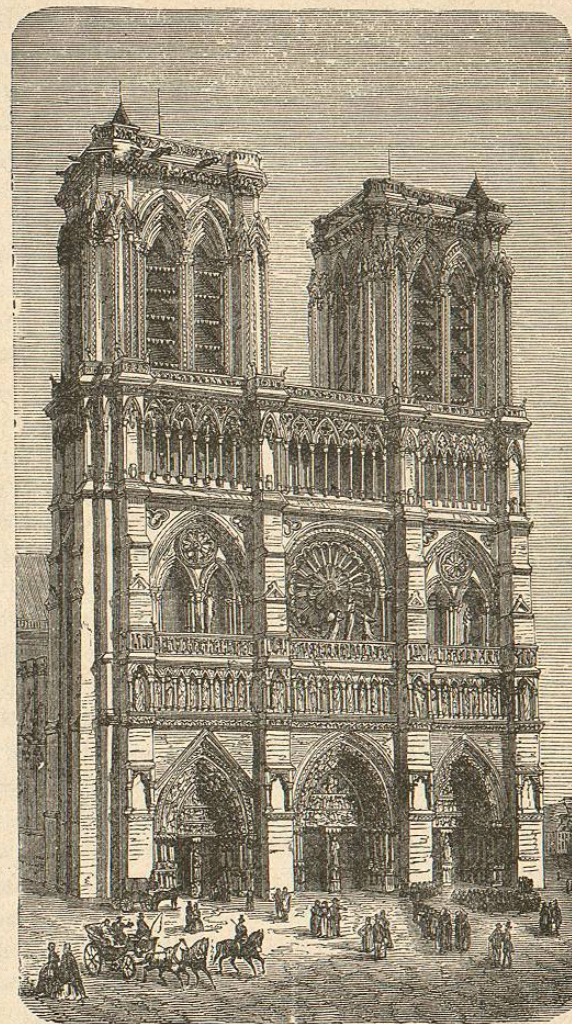
*Sábado, 14 junio 1856.* — Desde la mañana, la población parisiense está de fiesta, y aumentada con trescientas mil personas llegadas de los departamentos y del extranjero, recorre las plazas y calles por donde pasará el cortejo imperial. Se admiran los preparativos de la ceremonia: en el atrio de Nuestra Señora elevanse mástiles adornados de banderas con las armas del emperador, y enarenado y cubierto de follaje y de flores, aquel sitio presenta hermoso aspecto. Delante de la catedral se ha construído un gran pórtico.

El bautizo del príncipe imperial no se efectuará hasta las seis. Algunas horas antes, los cuatro mil convidados, entre los cuales me cuento vistiendo por primera vez el uniforme diplomático, penetran en la brillante basílica. Recuerdo la impresión de sorpresa y el efecto fantástico y religioso que produjo, iluminada toda ella en pleno día, con sus bóvedas pintadas entonces de un delicado color azul sembradas de estrellas de oro, sus colgaduras de terciopelo rojo, su techo adornado de innumerables abejas, y del cual descendían, á lo largo de las columnas los oriflamos con las armas de las grandes ciudades. Todos los hombres van de uniforme; las mujeres con traje de sociedad, velo de blonda fijo en su tocado y cubriendo los hombros desnudos. En el fondo del coro, iluminado por miles de bujías, se ve como un ardiente foco de luz, que se derrama cual oro en fusión sobre el estrado, donde se hallan todos los arzobispos y todos los obispos del Imperio, con sus báculos, sus mitras y sus hábitos pontificales.

*A las cuatro y media.* — El cardenal Patrizzi, legado del Papa, sale del palacio de las Tullerías en un coche tirado por ocho caballos; y como representa la persona misma del soberano Pontífice, va rodeado de los mismos honores que se hubieran tributado al Padre Santo. A la entrada de la iglesia le recibe el arzobispo de París, precedido de su capítulo, mientras que la música ejecuta el motete *Tu es Petrus*.

*A las cinco.* — El emperador, la emperatriz y el príncipe imperial salen del palacio de las Tullerías para ir á Nuestra Señora. La caballería está reunida en la plaza de la Concordia, y las dobles filas de la guardia nacional y de la guardia imperial se extienden en todo el trayecto del cortejo, que sigue este itinerario: jardín de las Tullerías, plaza de la Concordia, calle de Rívoli, plaza del Hotel de Ville, puente y calle de Arcole y plaza de Nuestra Señora. El cortejo se for-

ma así: los trompetas y la música del primer regimiento de carabineros; el general Korte y su estado mayor; dos escuadrones del 1.º de carabineros con su coronel á la cabeza; dos escuadrones del 11.º de dragones con el coronel y la músi-



Iglesia de Nuestra Señora de París

ca; dos escuadrones de guías, precedidos también del coronel y la música; ocho coches de seis caballos, seguido cada cual de dos lacayos; en los seis primeros van: una dama de palacio de la emperatriz; la dama de honor de la gran duquesa viuda de Baden; un chambelán del emperador y otro de la emperatriz; su camarera mayor, su dama de honor y los grandes oficiales de la corona: en el sép-

timo coche, precedido de cuatro caballerizos del emperador, van la princesa Matilde y la princesa María, duquesa de Hamilton: al estribo derecho el oficial de honor de la princesa Matilde, y al izquierdo un teniente coronel de caballería: en el octavo carruaje se hallan la gran duquesa viuda de Baden, el rey Jerónimo, el príncipe Napoleón y el príncipe Oscar de Suecia.

Seguían luego dos magníficas carrozas de gala, tirada cada cual por ocho caballos y precedidas de seis caballerizos del emperador: los caballos van conducidos de la brida por los lacayos. A través de los cristales de la primera de estas carrozas – la misma de que Napoleón I se sirvió el día de su casamiento con María Luisa – se ve en brazos de la señora almiranta Bruat, aya de los hijos de Francia, al príncipe imperial, cubierto con una capita forrada de armiño, y á sus lados se hallan las señoras Bizot y de Branzión, segunda aya y nodriza. Junto á la portezuela de la derecha va el mariscal Canrobert, un ayudante de campo y un caballerizo del emperador; en la de la izquierda, el mariscal Bosquet, el ayudante general de palacio, y un oficial de órdenes de S. M.; algunos lacayos siguen á pie la carroza, y detrás vienen, todos montados, los caballerizos del emperador.

La segunda carroza de ocho caballos está ocupada por el soberano y la emperatriz; es el coche que sirvió para la consagración de Carlos X, y que se acaba de reparar dorándole de nuevo y adornándole con las armas imperiales. Había costado en un principio trescientos mil francos, y se han gastado cien mil más en las reparaciones; está embellecido con ricas pinturas y las ruedas completamente doradas. Los caballos, bayos castaños, de enorme corpulencia, son los más hermosos de todas las cuadras reales ó imperiales de Europa.

A través de los cristales se ve al emperador, vistiendo el uniforme de general de división, con el calzón corto blanco y las medias de seda, y la emperatriz, vestida de blanco, lleva ceñida una diadema en medio de la cual resplandece el famoso diamante el Regente. A la portezuela de la derecha van el mariscal Magnán, montero mayor; el mariscal conde Baraguey d' Hilliers; el general marqués de Lawoëstine, comandante superior de las guardias nacionales del Sena, y el general Fleury, caballerizo mayor del emperador: en la de la izquierda se ve al mariscal conde de Castellane; al general Regnaud de Saint-Jean d' Angély, comandante en jefe de la guardia imperial, y al ayudante de campo de servicio del emperador. Detrás de la carroza imperial, seguida de lacayos á pie, van los ayudantes de campo y los oficiales de órdenes del soberano, todos montados; el escuadrón de los cien guardias, y después, con coroneles y músicas á la cabeza, dos escuadrones de coraceros de la guardia, dos de artillería montada, dos de coraceros de línea, y por último dos del 2.º regimiento de carabineros.

*A las seis.* – El cortejo llega, entre el estampido del cañón y las aclamaciones, al atrio de Nuestra Señora, y como se ha echado mucha arena, los ocho caballos no pueden ya hacer avanzar la pesada y magiza carroza imperial; de

modo que es preciso que los lacayos empujen las ruedas. Apeándose en el pórtico principal, el emperador y la emperatriz son recibidos por el arzobispo de París, que les presenta el agua bendita, y después de haber besado la cruz, se les conduce á sus reclinatorios, colocados bajo un dosel sostenido por canónigos. Las damas de palacio designadas para llevar los accesorios del bautizo se acercan á la mesa donde se hallan depositados y los toman de manos de un ayudante de ceremonias. Llevan los del niño imperial: el cirio, la condesa de Montebello; el cepillo, la baronesa de Malaret, y el salero, la marquesa de Latourg-Maubourg; los del padrino y la madrina se llevan: la palangana por la condesa de Labédoyère, el jarro por la condesa de Rayneval y la toalla por la señora de Saulcy.

Sigo con suma atención todos los detalles de la ceremonia: en el centro del crucero de la catedral se eleva un estrado circuido de un balaustre y abierto por el lado de la nave. Sobre él se ha puesto el altar, con tres escalones á la entrada del santuario; el trono de S. M., con el reclinatorio, está igualmente tres escalones más alto enfrente del altar, y las fuentes bautismales se elevan en un solo escalón entre el trono y el altar. Se dice que la pila bautismal, que es de cobre damasquinado, de estilo persa, de fines del siglo XII, fué traída de las Cruzadas por San Luis, y que sirvió para bautizar á los hijos del piadoso rey. El trono del cardenal legado, dos escalones más alto que la entrada del santuario, está enfrente del altar y del trono de SS. MM. En medio de aquél, detrás del trono del legado, hay sitiales para los arzobispos y los obispos, y á la izquierda de la Epístola, sobre el estrado, un sillón para el arzobispo de París y taburetes para los individuos titulares del cabildo metropolitano. A derecha é izquierda del trono de los soberanos se han alineado sitiales con cojines para el príncipe imperial, llevado por el aya de los hijos de Francia; para la gran duquesa viuda de Baden, en representación de la reina de Suecia; para el príncipe Oscar (que en la actualidad reina en Suecia bajo el nombre de Oscar II), y para los príncipes y princesas de la familia del emperador. A la izquierda, por el lado del Evangelio, hay sillas para los cardenales.

Napoleón III y la emperatriz llegan á su trono, sobre el cual se ha suspendido un dosel con pabellones de terciopelo púrpura forrado de armiño, y se arrodillan en su reclinatorio. El cardenal legado deja su trono y se dirige al pie del altar para entonar el *Veni Creator*, ejecutado por la orquesta. Durante este tiempo, las damas que llevan los accesorios del bautizo van á depositarlos en las mesas que sirven de credencias, colocadas cerca del altar. Al fin del *Veni Creator*, el cardenal legado procede al bautismo: el aya de los hijos de Francia entrega el príncipe imperial en manos del emperador, y un ayudante de ceremonias se adelanta hasta el centro del coro y grita tres veces: «¡Viva el príncipe imperial!» De pie, teniendo su hijo en los brazos y con un ademán de alegría y de ternura, Napoleón III le presenta á los asistentes, mientras que la orquesta toca el *Vivat* compuesto por Lesueur para el bautizo del rey de Roma, reso-

nando entonces una inmensa aclamación bajo las bóvedas seculares. El pequeño príncipe es conducido de nuevo á las Tullerías en un coche tirado por ocho caballos, precedido de un escuadrón de guías. El cardenal legado entona el *Te Deum* y después el *Domine, salvum fac Imperatorem*, y en nombre del Padre Santo da la bendición que termina la ceremonia. El arzobispo de París, precedido del cabildo metropolitano, vuelve á conducir al emperador y á la emperatriz hasta la puerta de la iglesia. SS. MM. suben de nuevo á la gran carroza, franquean el puente de Arcole, llegan á la plaza, magníficamente decorada por el arquitecto Ballard, y penetran en el hotel de Ville para asistir al banquete que el Consejo municipal les ofrece.

*A las ocho de la noche.* — El banquete se verifica en la gran sala de las fiestas; todos los altos dignatarios del Estado, todos los obispos y arzobispos asisten á esta comida de gala, cuyos convidados ascienden al número de cuatrocientos. SS. MM., rodeados de los príncipes y princesas, toman asiento en una mesa más alta, desde la cual se ven todas las demás de los convidados. Durante la comida se ejecutan varios fragmentos de música y cantatas. Los salones de la municipalidad están magníficamente iluminados; el emperador y la emperatriz permanecen largo tiempo en ellos y parecen radiantes de alegría. Las ovaciones del día se repetirán por la noche. Para regresar, el general Fleury manda sustituir todos los coches de seis y ocho caballos por berlinas de media gala, es decir, verdes y doradas. «Como el regreso se debía efectuar al trote, dice en sus Memorias, este género de servicio era el único posible. Por lo demás, nada tan rico y elegante como aquellas hermosas berlinas con cristales, iluminadas interiormente, que permitían ver á la emperatriz y á las princesas resplandecientes de diamantes, para ser admiradas por la multitud. Aquellas berlinas de cuatro faroles, conducidas por corpulentos cocheros, con cuatro lacayos detrás y tiradas por gigantescos caballos, no cedían en nada á las grandes carrozas con dorados, conducidas al paso y que avanzaban majestuosamente como en una representación teatral.» Las aclamaciones resonaban por todas partes al paso del feliz padre y de la dichosa madre.

## LVII

## LAS FIESTAS DEL BAUTIZO

El domingo 15 de junio de 1856 se consagra á los regocijos públicos. A las seis de la mañana, las salvas de artillería disparadas por el cañón de los Inválidos anuncian el principio de la fiesta. A la una de la tarde comienzan las representaciones gratuitas: en la Opera se representan *Las Vísperas Sicilianas*; en el Teatro Francés, *El Pueblo*, *El Legado* y *El Jugador*; en el Odeón, *El Cid* y *El Avaro*; en la Opera Cómica, *Ricardo Corazón de León* y *Las Bodas de Juanita*.

Entre las dos y las cuatro de la tarde, en cuatro teatros al aire libre, en la Explanada de los Inválidos, representan piezas militares y pantomimas; se sueltan trescientos globos que al elevarse lanzan confites del bautizo; y este mismo programa se ejecuta en la barrera del Trono.

Ciento veinte mil medallas conmemorativas, que tienen por un lado la doble efigie del emperador y de la emperatriz y por el otro la del Hijo de Francia, se distribuyen entre los alumnos de los liceos, de los colegios, de las salas de asilo, y también á los oficiales, subalternos y soldados del ejército de París. Entre los niños de las escuelas comunales se reparten cincuenta mil cartuchos de confites, y Napoleón III firma innumerables gracias para los condenados civiles y militares.

Por la noche, el jardín de las Tullerías, la plaza de la Concordia y la gran avenida de los Campos Elíseos, decorados con pórticos, guirnaldas, arañas y globitos, se iluminan con farolillos de color, en medio de los cuales las cifras del emperador y de la emperatriz brillan entre arabescos. La fachada del jardín de las Tullerías que da á la plaza de la Concordia reproduce la iluminación que se hizo en Versalles durante la fiesta ofrecida á la reina de Inglaterra. El palacio de la Industria y los Quincuncios de los Campos Elíseos brillan con innumerables girándulas.

Delante del palacio del Cuerpo legislativo se dispararán fuegos artificiales, cuya pieza principal debe representar un baptisterio gótico. El emperador y la emperatriz verán el espectáculo desde la columnata del ministerio de Marina. Al efecto salen de las Tullerías, y á su paso un cordón de mecheros de gas resplandece en toda la longitud de la calle de Rívoli, de la plaza de las Pirámides y de la calle Castiglione. En el ministerio, adornado con banderas y circuido de una línea de luz, todos cuantos pertenecen á la marina visten uniforme y los